

su padre lo habían matado o mandado matar camino a Charapan, después de haber ganado un concurso de pirecuas en otro pueblo. Cierta o no la anécdota (o el motivo de la agresión) revela la importancia del quehacer del piréri. Este quehacer involucra sobre todo, al músico varón, pero con una participación femenina nada despreciable, como la de Anita Maravilla, poseedora de un registro realmente alto y quien tocaba el “tololoche” o contrabajo en el conjunto Los Gavilanes de La Cantera.

Este ámbito vivo, dinámico, del que formaban parte los pireris, les hacía diferenciarse de otras formas de ser músico en una comunidad purépecha (como la participación en las bandas o las orquestas). De ahí que a los pireris, a diferencia de sus colegas músicos, nunca se les contrataba para amenizar alguna fiesta, y sólo se les retribuía con unos “toritos” o cervezas que alguien les invitaba al calor de la reunión.

En Charapan

Los pireris, a quienes algunas veces les escuché pirecuas, tenían una característica particular: también cantaban muchas canciones “rancheritas”, como ellos las llamaban, de su autoría propia. Algo había en esos dos repertorios que me extrañaba y que posteriormente me ayudaría a entender por qué la pirecua charapense poseía una sonoridad diferente de las de otras regiones purépechas: una mezcla de idiomas, como *San Miguel Tsitsiki*, de Guadalupe Sierra, pirecua que en su primer verso dice:

Adiós, adiós, adiós
toditos mis amigos
ji nirásini ya